

## EN EL SENDERO DE LA CONQUISTA DEL LENGUAJE

DAVID LAGMANOVICH<sup>1</sup>

### I

Quisiera que mis oyentes escucharan mis palabras como una suerte de memoria oral. De lo que hablo es de la adquisición de mi identidad como escritor argentino: mi ingreso en el mundo de la literatura, que no podía ser otra que una literatura hispánica, a partir de circunstancias culturales y lingüísticas desfavorables.

No ocurrió que yo viviera, como dijo Borges en su propio caso, “en una biblioteca de ilimitados libros ingleses”, ni libros de cualquier otro origen. Ni tuve, como él, un padre que hubiese escrito una novela, ni una madre capaz de traducir a Virginia Wolf. Tampoco existieron en mi entorno, como en el caso del mismo Borges o en el de las hermanas Ocampo, parientes diversos –abuelos, tíos y tías, parientes políticos cercanos y lejanos– que transmitieran la sabiduría oral de las anécdotas, los casos, las historias familiares, los sucesos de las guerras pretéritas de la Patria.

<sup>1</sup> Catedrático universitario, escritor, periodista, crítico literario y poeta (1927–2010). Intelectual argentino de proyección internacional, fue profesor en las universidades más destacadas de Latinoamérica, EE.UU. y Europa. Autor de algo más de 50 libros de teoría, lingüística y crítica literaria junto con un doble centenar de artículos y ensayos. En materia de creación publicó 20 poemarios y alrededor de 18 libros de microrrelatos. El presente rescate corresponde a una conferencia presentada en el 7° Congreso Nacional de Hispanistas, 19–22 de mayo de 2004, en San Miguel de Tucumán.

Nada de eso. Nací en un paraje desolado de las pampas argentinas, y mis mayores –excelentes en todo sentido– no podían transmitirme una cultura, ni lingüística ni literaria, de que ellos mismos carecían. Mi caso fue el de un joven argentino de primera generación, nacido en el hogar de un inmigrante de lengua eslava, y que, sin contar con incentivos en su propio hogar, ambiciona sin embargo convertirse en escritor.

En un país de tal afluencia inmigratoria –sobre todo en otras épocas– como la Argentina, el caso no debe de haber sido infrecuente. Me pregunto, por ejemplo, cómo habrán accedido al dominio de una lengua literaria Atilio Chiáppori, César Tiempo (nacido Zeitlin), Alfonsina Storni, Elías Castelnuovo, Andrés Rivera (nacido Rivkin), entre otros: ninguno de ellos procedía de un hogar de tradición hispánica. Pero no tenemos memorias detalladas de su acceso a la literatura; sí las tenemos en cambio de quienes no padecieron las dificultades de que aquí hablo, como son los casos de Hugo Wast (nacido Martínez Zuviría), Manuel Gálvez o Victoria Ocampo.

Sin embargo, si buscamos más comenzaremos a encontrar algunos testimonios, aunque parciales, interesantes. Antes de hablar de mi propio caso, voy a aducir algunos fragmentos autobiográficos de una figura entrañable de las letras argentinas: Alejandra Pizarnik.

Al leer los recientemente publicados *Diarios* de Pizarnik,<sup>2</sup> se encuentran –no podía ser de otra manera– permanentes referencias a la literatura, en su relación con la autora del diario. Las entradas de ese tipo pueden estudiarse desde varios ángulos: la evolución de sus ideas literarias, los libros que la afectaron, sus preferencias, sus problemas con la expresión, sus propios proyectos (por ejemplo, sus lectores de hoy pueden así enterarse con asombro de que en cierto momento Alejandra planeaba escribir una novela) y otros aspectos de su cotidianidad. Por ejemplo, estas opiniones sobre la literatura nacional, registradas el 27 de junio de 1955, a los 19 años de edad:

Pampa y caballito criollo. Literatura soporífera. Uno se acerca a un libro argentino. ¿Qué ocurre? Viles imitaciones francesas, modismos en bastardilla, fotografías pesadas del campo. De pronto aparece un escritor rrrrealista [sic]. ¡Magnífico! Encuentro entonces palabras como “puta” escrita

<sup>2</sup> Alejandra Pizarnik, *Diarios*, ed. de Ana Becció (Barcelona: Lumen, 2003).

cincuenta veces o diez variaciones más *made in Dock Sud*. Descripción de la viejita, del mate y de doña XX. (p. 27)

En el asiento correspondiente al mismo día, casi de inmediato, aparece una referencia a la necesidad de la escritura. Dice Alejandra: “No sé escribir. Quiero escribir una novela, pero siento que me falta el instrumento necesario: conocimiento del idioma. [...] Ironías aparte, ¡mi problema esencial es escribir escribir y escribir! (p. 28).

“No sé escribir”: he ahí la angustia del auténtico escritor (sólo quienes no son ni serán escritores son capaces de escribir sin crearse problemas). Pero pocos días después aparece otra preocupación, referida al origen de la persona, no al de la escritura; y en esto, la relación con Europa es fundamental (5 de julio de 1955):

Heredé de mis antepasados las ansias de huir. Dicen que mi sangre es europea. Yo siento que cada glóbulo procede de un punto distinto. [...] De cada trozo de tierra o de mar han usurpado algo y así me formaron, condenándome a la eterna búsqueda de un lugar de origen. (p. 30)

Las últimas palabras citadas –“la eterna búsqueda de un lugar de origen”– definen a Alejandra en su tensión personal entre, por una parte, el origen de su familia, y por la otra, la literatura a la que aspiraba a incorporarse, la de un país hispanoamericano de lengua española. La sensación de la extranjería es fuerte, y tiene relación no sólo con la escritura, sino de hecho con todos los aspectos de su vida. Así, escribe el 22 de agosto del mismo año:

En un kiosko, mirando libros. El vendedor me habla. Dado mi acento, supone que soy europea. Me habla de “nuestra alta cultura”. “Sí. Usted que es extranjera debe notarlo.” ¿Cómo explicarle que soy argentina? ¿Cómo explicarle mi extraño acento? ¿Por qué explicárselo? Me habla de la libertad sexual. (Todos se agarran de lo mismo.) Es bastante culto. Le digo mi edad; manifiesta la diferencia enorme entre una muchacha europea de diecinueve años y una argentina. ¡Qué inadaptada me siento! (p. 54)

Tal vez con menor carga trágica, pero con no menor intensidad, en mis tiempos iniciales, cuando era lo que podría llamarse un “pre-escritor”, experimenté sentimientos parecidos. Mi origen personal –en lo étnico y en consecuencia en lo cultural– no era el mismo de

quien andando el tiempo sería mi amiga Alejandra; pero me relacionaban con ella –sin saberlo entonces– similares problemas.

Ahora, tantos años después, creo que puedo ver con claridad los obstáculos y las fortalezas de la situación de aquel niño que fui; aquel niño, por otra parte, que en sus fantasías primigenias ya se veía a sí mismo como un futuro escritor. En primer lugar, las debilidades:

- 1) Crecer en un hogar cuya realidad lingüística presentaba rasgos fonológicos, gramaticales y léxicos no del todo coincidentes con la norma argentina culta.
- 2) Carecer de una biblioteca familiar, así como de la posibilidad de adquirir libros, en ambos casos debido a las circunstancias económicas de la familia.
- 3) En los primeros años de vida, antes de la radicación en Tucumán, residir en parajes rurales que carecían de las instituciones características de la vida civilizada: sin escuela, sin biblioteca, sin teatro o cine, inclusive sin iglesia.
- 4) Aislamiento con respecto a los núcleos de población hispanocriolla, los que, a pesar de cualquier deficiencia educativa, podrían haber proporcionado un rico repertorio de motivos folclóricos, narraciones tradicionales y, sobre todo, una fluidez lingüística que superaría la “lingua franca” establecida en el hogar.

Frente a este panorama, por cierto nada halagüeño para un futuro escritor, comienzan a apuntar tímidamente algunos factores positivos. Los enumero:

- 1) Haber aprendido a leer muy tempranamente, algo antes de los cinco años de edad.
- 2) Haber tenido, ya en la época de la escuela secundaria, algunos profesores estimables. Recuerdo especialmente (mis oyentes tucumanos me entenderán) al presbítero César Padilla –conocido entonces como el “cura Padilla”– y al importante intelectual Guido Parpagnoli. El primero me hizo eliminar de mi dicción la pronunciación dialectal del grupo *tr* asibilado, al estilo chileno o pampeano (“no *tren*, sino *tren*”); el segundo, después de un examen escrito en la vieja Escuela de Comercio, trazó para mí un útil mapa de posibles lecturas.

- 3) Haber encontrado, en las bibliotecas públicas de Tucumán, los libros que en mi casa seguía siendo imposible adquirir. Cientos de horas, quizá miles, pasé en mi adolescencia en dos beneméritas instituciones tucumanas: la biblioteca del Círculo del Magisterio y la Biblioteca Alberdi. Allí comencé a formar un primer capital de lecturas literarias, que me introdujeron en el mundo de las letras españolas y argentinas. Pero éste es, precisamente, el punto central de mi tema: la relación con el hispanismo.

## II

Cuando llegué a la adolescencia, mis primeras lecturas literarias no me habían dejado un conocimiento adecuado de muchos autores argentinos: ¿qué había leído, entonces, entre los 6 y los 18 años de edad?

Vuelvo a este aspecto de mi historia personal para referir que en mi hogar de la infancia, en aquel remoto rincón pampeano, que yo recuerde, aparte de la Biblia y el catecismo del padre Astete sólo había un libro descabalado, mal impreso sobre papel de pobre calidad: era el *Martín Fierro*. Además del poema gauchesco, el patético volumen incluía dos poemas decimonónicos: “El tren expreso”, de Ramón de Campoamor, y “El temulento (ex ‘El borracho’)” del poeta salteño Joaquín Castellanos. El largo poema narrativo de José Hernández y dos prosaicos poemas, uno español y el otro argentino, fueron, entre mis siete años y mis diez años de edad, mi real introducción a la literatura. Los años siguientes no mejoraron demasiado esa reducida cosecha inicial.

Pero ya habíamos llegado en este relato a mis años de Facultad. Tuve –aquí, en esta casa de estudios que hoy nos acoge– un gran profesor de literatura: Marcos A. Morínigo, discípulo directo de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña. Poco más adelante, cuando la barbarie lo expulsó de la universidad y lo obligó a emigrar, tuve la suerte de poder continuar bajo la guía de otros dos buenos maestros: Emilio Carilla y Alfredo A. Roggiano. Estas tres personas, de manera sistemática o no, orientaron mis lecturas: a ellos les debo la configuración definitiva de mi biblioteca –dicho esto en el sentido de Umberto Eco–, por lo menos en el campo de las letras españolas e hispanoamericanas.

Ahora bien: el implícito plan de lecturas de que aquí se habla no hubiera existido a no ser por determinadas circunstancias vinculadas con la industria editorial. Quiero expresar mi sincero agradecimiento a dos colecciones editoriales de aquellos años inmediatamente posteriores a la segunda Guerra Mundial. Una es la benemérita Colección Austral, creada por Espasa–Calpe precisamente aquí en la Argentina; la otra, la Biblioteca Contemporánea de Editorial Losada. Las dos, emprendimientos argentinos de dos grandes editoriales españolas que buscaron radicaciones alternativas a consecuencia de la Guerra Civil, y que inundaron con sus prácticos y baratos volúmenes todas las librerías del país.

Gracias a esto pude leer, al comienzo de mis años universitarios, el *Poema del Cid* (en Austral) con la versión en prosa de Alfonso Reyes; o los *Milagros de Nuestra Señora* de Berceo, en ediciones populares, no perfectas desde el punto de vista filológico pero eminentemente accesibles. Lo mismo, las *Poesías completas* de Antonio Machado, primero en Contemporánea y más adelante también en Austral, en cuya continuación permanecen ahora en edición de Manuel Alvar; *Juan de Mairena* y otros textos machadianos, asimismo en Contemporánea; la buena antología de Góngora debida (si mal no recuerdo) a Antonio Marichalar; Benavente y otros dramaturgos españoles, en Austral, y también Jacinto Grau en Losada; y Lope de Vega y Calderón en cantidades compatibles con la prolífica producción de ambos. Simultáneamente, los poetas: Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, los románticos españoles en la encomiable antología debida a Manuel Altolaguirre (que había estado en la Biblioteca Universal de Calpe, antes de pasar a Austral), y casi todo Darío, Chocano, Rosalía de Castro, Gerardo Diego...

Todos estos poetas aparecían en la Colección Austral, que insisto en considerar benemérita. A su vez, en Contemporánea de Losada venían García Lorca, Alberti (quien entonces vivía en la Argentina), Pedro Salinas, Aleixandre, León Felipe, y tantos otros nombres de la Generación de 1927.

Si pasamos a los ensayistas, recordaremos que en las dos colecciones aparecían variados títulos de Unamuno –el primero, *Del sentimiento trágico de la vida*– y no menos de Ortega y Gasset: en esas ediciones populares pude leer *Notas* (otra transferencia de Calpe a Austral), *El tema de nuestro tiempo*, *La rebelión de las masas*. Y por último, si pensamos en libros de crítica e historia literarias podía-

mos acudir a la *Historia literaria de Europa desde el Renacimiento*, de Paul van Tieghem, así como a varios útiles volúmenes de Karl Vossler, de Menéndez Pidal y de Zamora Vicente, en una de las colecciones, y de Guillermo de Torre, en la otra.

Por supuesto que éstos no fueron los únicos libros que leí en aquella etapa inicial de mis estudios. Pero formaban, como ahora se dice, una “masa crítica” de interesantes características. Mis lecturas se fueron expandiendo, y estos libros iniciales me daban un útil marco de referencia. Cuando conocí a Petrarca, ya había transitado el petrarquismo de Garcilaso; el método generacional no me era desconocido, por referencias de Pedro Salinas y de Ortega; los regionalistas argentinos y de otros países hispanoamericanos me hacían pensar también en las soluciones a parecidos problemas literarios en Pereda, Gabriel y Galán y otros escritores españoles; y así sucesivamente.

En resumen, mi conciencia cultural y lingüística ya no era una *tabula rasa*. Y esto se debía no sólo a mi inclinación natural, sino también a circunstancias prácticas e institucionales que he mencionado: una Facultad de Filosofía y Letras en donde enseñaban brillantes maestros, y centenares de libros accesibles a un peso, a 1,25 o a 1,50, al alcance de los flacos bolsillos de un estudiante.

### III

Los años pasaron. No me convertí tal vez en un hispanista en sentido estricto: sí, creo, en un escritor argentino que aprendió a leer y escribir a través de la frecuentación del inagotable tesoro literario hispánico. Claro que nunca se aprende a escribir del todo, pero en este viaje ¿qué mejores compañeros de camino podría haber tenido? Vuelvo periódicamente a mi Azorín, mi Ortega, mi Unamuno y sobre todo mi Machado –no menos que a mi Cervantes y, en otro orden de cosas, a mi Shakespeare– y estas voces ilustres me aconsejan perseverar y llegar en paz hasta el final de la jornada.

Bueno, malo o mediocre –no me toca a mí juzgarlo– soy ahora un escritor argentino; y lo soy porque he conquistado un lenguaje, que es el de mi país y el de mi cultura. Llevo publicados 34 libros: cerca de la mitad son de literatura de creación y el resto de temas académicos, incluyendo un par de ellos de intención pedagógica. La tarea

no termina, y vivo también rodeado por más libros, aún inéditos o en proceso de elaboración.

Lo que es más importante: he perdido en gran medida los dos miedos –el miedo a no saber escribir y el miedo a no pertenecer a este ámbito americano– que acongojaban a Alejandra Pizarnik. Detrás de esta cara de gringo que debo a mis abuelos –el uno agricultor en la Rusia zarista, el otro *contadino* en la Italia “irredenta” todavía sometida al yugo austríaco– hay un hispanoamericano que quiere ser fiel a la herencia cultural hispánica: en la crítica literaria, en la creación, en la transmisión del conocimiento. Y éste, no el político, es el auténtico hispanismo, el que habrá de perdurar.



© David Lagmanovich en su estudio. RANLE.